

## INTRODUCCIÓN

Antes que hombre, Cortés es un mito, un mito con facetas que siempre se han disputado escuelas de pensamiento concurrentes e ideologías rivales, de tal manera que cada una de ellas pudo concebir a “su” Cortés: semidiós o demonio, héroe o traidor, esclavista o protector de los indios, moderno o feudal, codicioso o gran señor...

Existe aquí una aparente paradoja. Es fácil imaginar que un personaje histórico ofrezca tal cantidad de interpretaciones si los documentos que le conciernen son escasos o incompletos; sin embargo, no es el caso de Hernán Cortés. Conocemos al conquistador de México por toda una serie de fuentes que es posible confrontar: están primero sus escritos, narraciones oficiales destinadas a Carlos V, correspondencia pública y privada o actas de jurisdicción; el testimonio de sus contemporáneos, archivistas y cronistas como Mártir de Anglería o López de Gómara; compañeros de conquista, como Díaz del Castillo\* o Aguilar; eclesiásticos como Las Casas.

Tenemos también —cosa inédita— la visión de los vencidos. Incitados por los primeros franciscanos, algunos indígenas dejaron constancia en su lengua, el náhuatl, transcrito en caracteres latinos, de su propia versión de la Conquista. A todo eso se agrega

---

\* Aunque en este libro se sigue la tradicional atribución de *La historia verdadera de la conquista de la Nueva España* a Bernal Díaz del Castillo, existe otra hipótesis sobre la autoría de esta obra que el autor desarrolla por extenso en *Crónica de la eternidad. ¿Quién escribió la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España?*, Madrid, Taurus, 2013.

una pléyade de documentos administrativos inherentes al gobierno de los territorios mexicanos recién conquistados, una multitud de documentos judiciales que registraron con todo detalle los juicios contra Cortés y, en contraposición, las denuncias hechas por el conquistador. Desde la segunda mitad del siglo XVI, el *corpus* cortesiano se enriqueció con biografías enfocadas en la Conquista de México, escritas por historiadores de varias nacionalidades. Ahora bien, ese vasto edificio historiográfico ha engendrado con el paso de los años las lecturas más diversas.

El debate no se centra entonces en la manera de leer los documentos históricos, sino en la personalidad de Cortés, cuyos contornos son, sin lugar a dudas, polémicos. El conquistador se inscribe en una fase particularmente sensible de la historia de América, en la que todas las sociedades indígenas son exterminadas con brutalidad por obra de la colonización española. En este encuentro del Viejo y el Nuevo Mundo, un choque de una inconmensurable violencia, cada uno ve la barbarie en el otro campo. En defensa de unos y otros se utilizan muchas veces argumentos ideológicos, pasionales o impulsivos. La Conquista de México toca la fibra más sensible del humanismo y arroja una cruda luz sobre uno de los rasgos más perturbadores de la civilización humana: su esencial mezcla de contrarios. La muerte está en el centro de todos los dinamismos, el egoísmo sella todos los impulsos de generosidad colectiva, la felicidad de unos es la desgracia de otros. ¿Cómo leer una cultura en la que se yuxtaponen las hogueras de la Inquisición y el espíritu libre del Renacimiento? ¿Cómo comprender el refinamiento de los aztecas y su pletórico recurso al sacrificio humano?

¿Se debe renunciar, por ello, a abordar serenamente la historia de Cortés? No, en absoluto. Pero hay que partir de un principio: no se puede en este caso estudiar al hombre sin analizar al mismo tiempo la leyenda impregnada a su piel, ya sea negra, ya dorada. Sin embargo, reducir también a Cortés a su leyenda sería perder la oportunidad de descubrir al hombre y a su tiempo. Su itinerario personal no se limita a los dos años de la Conquista de México, ese lacónico 1519-1521 de los diccionarios. Cortés tiene una trayectoria: una infancia, deseos, ambiciones, voluntad e inteligencia, pero también es presa del abatimiento y de ofuscamientos; conoce tanto el

éxito como el fracaso; posee familia, amigos y se debate entre amores complicados; envejece, sus sienes encanecen; no esquiva las lindes de la amargura, tiene penas y alegrías; sus reflexiones profundas chocan con sus preocupaciones más terrenas y cuando ve venir la muerte juzga a su época, piensa en el porvenir de España y México.<sup>1</sup> En una palabra, Cortés lleva una vida de hombre, una vida plena de 62 años.

Sorprende que la historiografía tradicional no haya tratado de escrutar al personaje en su totalidad y en su continuidad. ¿Acaso se habla del Cortés que tenía sus primeras experiencias en la administración de Santo Domingo?; ¿del Cortés agricultor en Cuba?, y ¿quién sabe que Cortés está al lado de Carlos V en su expedición de 1541 contra los berberiscos? Arraigada en la imagen del conquistador que quema sus naves en la playa de Veracruz o que tortura a Cuauhtémoc, el último soberano indígena, para que revele el escondite del “tesoro de los aztecas”, con dificultad la memoria colectiva concibe a Cortés como el explorador del Pacífico que descubre California, que comercia con el Perú o que intenta abrir la ruta del poniente hacia las Molucas y Filipinas. Es difícil también reconocer, entre los invitados a la boda del príncipe heredero de España, el futuro Felipe II, al hombre que algunos años antes desafiara a la Corona al tomar posesión de México. De este modo, a la vez que una simple cronología contribuye a restituir las diferentes fases de la vida de Cortés, se impone un trabajo que les dé coherencia.

Resulta ilusorio tratar de comprender al hombre sin entender su siglo, pero aquí hay que mirarlo desde dos ángulos. Cortés, hijo de Castilla, es al mismo tiempo un tráfuga que elige muy pronto a la América de los indios. No es posible limitarse al estudio del contexto hispánico, hay que pasar al lado indígena para apreciar ese extraño itinerario cortesiano trazado en la frontera del Viejo y el Nuevo Mundo, unión inédita entre dos partes del universo civilizado que hasta entonces no se habían encontrado.

No habría proliferado el mito en torno al personaje si Cortés no hubiera sido un hombre profundamente original. Con frecuencia se ha eludido esta evidencia en favor de explicaciones mecanicistas que hacen del conquistador un instrumento de una colonización

inexorable, echada a andar desde tiempo atrás, desde el primer viaje de Colón en 1492. Ahora bien, con Cortés nada es simple ni ordinario. Al contrario del arquetipo del conquistador bandido, Cortés es sutil, letrado, seductor y refinado; prefiere el gobierno de las mentes a la fuerza brutal que, no obstante, sabe manejar; aprovecha impunemente la debilidad de sus compañeros por la fiebre del oro; sabe analizar y anticipar, proyecta el porvenir, construye a largo plazo mientras que muchos otros se embrollan con las dificultades de lo inmediato o en las empresas de corto alcance. Aunque es manipulador por naturaleza, dispone de una sólida red de amistades y simpatías incondicionales. Si se conduce en el terreno del poder de manera tan atípica, es porque su visión de la historia y de la política se aleja por completo de los esquemas dominantes. Mientras que la mayoría de los colonos españoles de la primera generación alardea de un desprecio total por los indios, Cortés alimenta un sueño de mestizaje. Al evitar, a sangre y fuego, que se repita el escenario antillano de exterminación de los nativos; al concebir y realizar un injerto español en el tejido cultural y humano del imperio azteca, Cortés funda en realidad el México moderno. Este alumbramiento épico agravó y continúa agravando a los hijos del mestizaje y a los descendientes de la potencia conquistadora, porque en ese instante del encuentro se mezclan el respeto y el despojo, la fascinación y el odio, la crueldad y la nobleza, el amor y la indiferencia, la codicia y el altruismo; porque nada en esta historia se escribe lineal o serenamente, necesitamos sumergirnos en esta complejidad que gira alrededor de un hombre y de su concepción del Nuevo Mundo.

Otra cuestión, considerablemente más política, influye sin duda en el destino de Cortés: la actitud de la Corona respecto del naciente imperio colonial. Al llevarse a cabo, al margen de cualquier estrategia, el descubrimiento de América, perturba profundamente a una Castilla cristiana entregada en ese momento a la reconquista de su territorio ibérico. ¿Esa Castilla es capaz de inventar al momento una nueva filosofía del poder que tome en cuenta la extraordinaria novedad de esas “Indias occidentales”? ¿Qué sistema de delegación de poder podría establecerse del otro lado del océano? ¿Cómo organizar la administración y el control de un territo-

rio situado más allá de los mares, a 45 días de navegación? ¿Cómo conducirse con esos indios tan numerosos sobre los que se discute —con muy mala fe— su pertenencia al género humano?

A estas cuestiones iniciales pronto se agrega el problema de la acumulación sucesoria de los infantazgos de Carlos V. En efecto, el joven Carlos de Gante, nieto de Fernando de Aragón y de Maximiliano de Austria, hereda casi simultáneamente la Corona de sus dos abuelos: Fernando de Aragón muere en 1516 y Maximiliano I en 1519. Carlos I, proclamado rey de España a los dieciséis años, se va a convertir tres años más tarde en Carlos V, rey de los romanos y emperador germánico. Ahora bien, a este conjunto de posesiones europeas gigantescas pero dispersas, ya difíciles de administrar, se suman los inmensos territorios de la Tierra Firme, esa América continental cuya dimensión no tiene nada que ver con las extensiones de las islas del Caribe ya ocupadas. La Conquista de México, emprendida en 1519 por Cortés, instaure de hecho una situación inédita que España quizá no estaba preparada para manejar y que tendrá dificultades para dirigir. Cortés se encuentra entonces en el centro de un sismo filosófico y político, producto del cambio de proporciones del mundo, y su acción contribuye innegablemente a provocar la cesura entre la época medieval y el Renacimiento.